

tenido éstas que sufrir el choque de nuestra caballería hizo activar sus disposiciones de retirada para no hacer definitivo el triunfo de las armas nacionales.

Mas sucedió que, habiendo tenido noticia el jefe de la escolta de los trenes americanos que la caballería del general Miñón amenazaba cortarle la retirada, tuvo que retroceder; y con sus mismos carros formaron entre Buenavista y la entrada norte de la garganta de la Angostura un reducto defendido por todas las reservas de Taylor, que á la sazón efectuaba un gran movimiento de retroceso tras de las últimas lomas...

¡ Ya era el crepúsculo! Un crepúsculo frío y rápido, cuyas tintas violáceas manchaban negras nubes de pólvora, rayadas á trechos por los rojizos relámpagos de nuestra única batería ó por las chispas amarillentas de nuestros fusiles cuyo tronante fuego iba menguando á medida que las tinieblas avanzaban, en un *decrecimiento* siniestramente trágico.... Los últimos gritos del combate, de triunfo ó rabia, de angustia en los heridos, de cólera y audacia en los que aun desafiaban á los ya invisibles adversarios, fuéronse extinguiendo también, hasta que, por fin, uno y otro beligerante quedó inmóvil y silencioso bajo la inmensa obscuridad helada que envolvió el campo de batalla!...



VIII

DESPUÉS DE LA BATALLA

LA RETIRADA Á SAN LUIS

Después de tan terrible jornada, nuestras tropas permanecieron sobre el campo conquistado al enemigo, con la satisfacción y el orgullo de haber obtenido un gran triunfo, tanto más digno de gloria para las banderas mexicanas, cuanto más sangre había costado adquirirlo.

Aunque todos comprendían que tendría que darse otra batalla para destruir por completo al adversario, arrojándole hacia el Norte, después de escarmentarle enérgicamente, y aunque se esperaba que hiciera tenaz resistencia, había en nuestras filas el suficiente ánimo y la más completa resolución para batirse con el mismo denuedo con que habían peleado todo el día 23.

¡ Mas cuál sería la sorpresa, la cólera, la indignación, la amargura de todo el Ejército al saber la estúpida orden de emprender violenta retirada en plena noche, después de los horrores y los triunfos del día!

Nadie pudo comprender la causa de tan singular disposición.

¿A qué la abnegación y el valor prodigado durante la batalla, de qué había servido la victoria, si no se aprovechaba persiguiendo al enemigo, si por el contrario, se le abandonaba el campo? ¿Por qué se retrocedía?

Un sordo murmullo preñado de angustiosas e innúmeras protestas recorrió las filas, en las tinieblas.

Entonces, como en la Resaca de Guerrero, como en Monterrey y Tampico, la fatídica palabra, la vergonzosa frase que hace tantos siglos azota como una maldición a todos los pueblos en las catástrofes de su historia, entonces la abominable voz ¡traición! fué cuchicheada, murmurada, gritada, escupida en las sombras, vibrando á veces como un grito de cólera sagrada ó estremeciendo el ambiente glacial como un largo suspiro melancólico desfallecimiento...

¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!

Antes de seguir al Ejército mexicano, desangrado, hecho pedazos, estremecido de frío y desesperado, hambriento de pan y victoria en su triste retirada, través de la noche, emprenderemos á galope un lúgubre paseo por el campo del combate.

Ved allá lejos, en el fondo de la ennegrecida garganta, manchas luminosas y sangrientas que rasgan los trechos la obscuridad de la noche, como estrellas púrpura: son las fogatas del ejército americano brillando sobre la ondulante línea de las últimas lomas. Nuestros terribles enemigos, después de las tragedias de la lucha, siquiera descansan y se confortan, calentándose cerca de un buen fuego á cuya grata claridad devoran cena copiosa y nutritiva. En efecto, sus campamentos están próximos, y vienen bien provistos de

mentos... más allá, en las tiendas de campaña, oficiales y jefes cenan también tranquilamente, bebiendo Ginebra y cerveza, en tanto que por las negruras lejanas de su campamento, circulan los servidores de sus ambulancias recogiendo sus heridos que al instante serán curados.

¡Qué doloroso contraste entre el campamento enemigo y el nuestro! Allí el descanso, el fuego, la cena; acá la fatiga, los confusos preparativos para una larga marcha, cuando aun no se seca el sudor de todo un día de combate; aquí la obscuridad, el frío, el hambre y la sed, los heridos abandonados en el campo, retorciéndose lúgubrememente, desangrándose, lanzando en las frías tinieblas dolorosos gemidos!

¡Y este pobre ejército que así se sacrifica, ha triunfado!... Sus cadáveres yacen tendidos por entre las lomas, á lo largo del camino, hasta más allá de la retaguardia del campo enemigo, aun más allá de la hacienda de Buenavista. Pero donde se amontonan en mayor número, es en la falda del cerro de la derecha y en el fondo de las torrenteras del centro.

Dura y porfiada fué la refriega. El ejército mexicano había tenido 694 muertos entre ellos 5 jefes y 21 oficiales, 1,039 heridos inclusive 13 jefes y 92 oficiales, más 294 prisioneros en poder del enemigo. Este tuvo 267 muertos, 456 heridos, contándose entre los primeros 28 jefes y oficiales.

Como trofeos arrancados al ejército americano se contaron tres piezas de artillería con sus municiones correspondientes en sus cajuelas, cuatro carros y tres banderas. Bien fácil es imaginar lo terrible que debió haber sido el combate que se librara para lograr obtener de un adversario parapetado tras excelentes

posiciones, poderosamente fuerte, con sus baterías que barrían las columnas mexicanas que avanzaban al asalto en masa, á pecho descubierto y con el arma en el brazo!

Los episodios de aquella lucha tan prolongada e innumerables y gloriosísimos para nuestras águilas.

Ya hemos referido la magnanimidad con que algunos oficiales mexicanos salvaron la vida de los soldados americanos acosados por los nuestros á bayoneta, cuando en su furor no perdonaban á sus enemigos.

En uno de los combates que sostuvo la caballería mexicana á retaguardia de las posiciones contrarias con las reservas de Taylor, el comandante de escuadrón del regimiento de Húsares, Juan Luyando, iba á pasar con su lanza á un riflero; pero éste cayó de rodillas y pidió gracia en un tono patético. El jefe compadecido lo dejó atrás pasando él adelante; pero al momento el agraciado se levantó y, apuntando al que le debía la vida le hizo fuego con su rifle. ¡El compadecido Luyando cayó muerto! Esta infamia exacerbó el furor de nuestros soldados que vengaron debidamente á su comandante.

Después del aguacero que cayó en la tarde y que tregua algún tiempo á la lucha, rehaciéndose ambos beligerantes, para proseguirla después con más encarnizamiento, cuando aun no volvían los mexicanos á la carga y sólo se escuchaban de cuando en cuando los cañonazos que se enviaban recíprocamente la batería de la derecha americana y la de nuestra izquierda, vio salir de una de las barrancas, hacia el camino, un hombre á caballo, en traje de paisano, que á todo galope se dirigía hacia las posiciones enemigas man-

cando su dirección rumbo á la batería que hacía fuego á la nuestra.

Se creyó de pronto que sería algún explorador del enemigo que volvía á incorporarse á su campo. Viósele llegar ante sus cañones y allí, rápido, lanzar al aire su reata que revoleó, tendiendo el lazo hacia el centro de la batería; mas no habiendo prendido, volvió grupas y regresó á toda brida hacia la línea mexicana, bajo una lluvia de balas que le enviaron los tiradores enemigos, quienes habían permanecido estupefactos ante semejante audacia.

Con profunda admiración presenciaron los nuestros aquel acto. ¿Quién era aquel hombre?

Pronto se supo, cuando volvió á las líneas. Era un antiguo insurgente llamado Villarreal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, dice un testigo de su heroísmo, en calidad de conductor de parques, con carácter de sargento segundo.

El viejo Villarreal, buen charro y que en la guerra de Independencia había lazado españoles, contó que había querido ir á traerse á un *yankee* prendido en la punta de su reata, para no quedar sin hacer algo en aquel gran día.

Y ya que evocamos algunos de los incidentes de la batalla, al tender una mirada sobre el amontonamiento de desastres sobre el campo, recordemos el hecho curioso de que después de los últimos combates en la retaguardia enemiga, se presenta á nuestro general en jefe un parlamentario intimando rendición. Santa Ana, asombrado, orgulloso con las ventajas adquiridas por su ejército, creyendo ya, acaso, en el exterminio del contrario, la niega rotundamente.

Como es fácil de comprender, esto hubo de ocasionar grande extrañeza, tanto más cuanto que el enemigo su vez, según explicación de los oficiales americanos, se jactaba de haber recibido poco antes un parlamentario mexicano en nombre de su general. Lo que pasó fué que un oficial de Estado Mayor que iba en las primeras filas de nuestras columnas que atacaron con gran ímpetu á los americanos, quedó confundido entre ellos. Viéndose solo, no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se fingió parlamentario, y como iba bien uniformado y tuvo audacia y serenidad, pudo llegar hasta los principales jefes americanos, engañándolos con su fingida misión de parlamento.

Ufanos aquéllos con tal demanda, enviaron dos de sus oficiales acompañando al nuestro, y haciendo saber un principio de armisticio al general Parrodi, jefe de las líneas mexicanas que sostenían á la sazón tan encarnizada con las contrarias por donde hubieron de atravesar los seudo parlamentarios, suspendiéronse por un momento los fuegos de las fracciones beligerantes.

Tal es la explicación del surgimiento, á la hora más crítica de la batalla, de aquellos parlamentarios que se presentan en uno y otro campo, dando lugar á que los respectivos jefes de ambos ejércitos, consignaran cada uno por orgullo tal incidente.

La batalla terminó, como lo hemos dicho, con el último y decisivo ataque de todas las columnas mexicanas que habían entrado en acción, más todas las reservas de Santa Ana, contra el centro enemigo, y no obstante el excesivo cansancio y la extenuación de nuestras tropas que no habían probado alimento desde la noche anterior, éstas realizaron maravillosos triunfos parciales, batiéndose en contienda desigual con las fuer-

zas enemigas, protegidas por su numerosa artillería.

En esos ataques, los jefes mexicanos se pusieron á la cabeza de sus batallones á los que animaban con gritos bélicos, señalándoles con sus espadas ó con sus látigos, las posiciones contrarias sobre las que se habría de cargar. Jefes hubo que tomaron la bandera de su batallón, levantándola con su brazo derecho, y al frente de su tropa, á caballo, se precipitaron sobre el enemigo como guiones soberbios marcando gloriosamente el camino del honor y del deber!... Otros oficiales heridos gravemente, se hicieron transportar por los soldados más robustos, bravos y fieles, para poder conducir sus secciones al combate...

En fin, no terminaríamos si quisiéramos narrar todas las peripecias de la sangrienta batalla de la Angostura con sus épicos detalles que hemos evocado rápidamente al lanzar una triste mirada sobre la escena de la enorme tragedia roja...

¡Qué angustiosos pensamientos y qué amargas reflexiones asaltan nuestro espíritu al contemplar el siniestro panorama que ofrece, en la noche, en la penumbra lívida que preside allá en el cielo brumoso, el miserable gajo amarillo y corvo de la luna nueva, — nuestro campamento henchido de heridos y cadáveres, moviéndose las tropas en desorden para emprender la retirada, — una retirada en sigilo, vergonzosa, que más parece una fuga de gavillas de cobardes...

¡Ah! y no lo eran ¡vive Dios! aquellos buenos mexicanos!... bien lo habían demostrado durante la batalla cuyo triunfo habían creído obtener; pero que en virtud de aquella retirada, convirtiase la victoria en derrota.

Es muy amargo tener que considerar, que si en toda la gran serie de combates que unos tras otros fueron ganando nuestras tropas, hubiese habido una armonía y cohesión, acudiendo las reservas inmediatamente al lugar del triunfo, si en vez de obrar, desperdiciando sangre y valor, aisladamente sobre Buenavista, hubieran cargado las caballerías y tropas ligeras de infantería ayudadas en el propio instante por los dragones de Miñón, cuya fuerza debía haber permanecido á la expectativa, pero cerca del campo, á retaguardia del enemigo, en actitud de embestir en el minuto preciso; que si todo esto se ejecuta como bien pudo hacerse, el adversario, desbordada su izquierda, atacado reciamente por este flanco, separado de sus reservas, perdida su extrema retaguardia, hubiera tenido que retirarse á través de nuestras caballerías, desesperadamente, en desorden, y dejando en nuestro poder muy buena parte de sus codiciables trenes de provisiones!

¡No! y no es una utopía y un simple buen deseo de ingenuo patriotismo el apuntar esta reflexión sugerida ante el cuadro general de la batalla; ella se deduce de este mismo, informada por actores y testigos de la catástrofe, y más aún — y esto es irrefutable — por el dicho de nuestros mismos enemigos.

Y aquí tiene que surgir en medio de la dantesca escena de la retirada, entre el lodo, humo y sangre, el gran culpable, uno de los que deben soportar en la Historia, como un anatema, el peso de sus terribles responsabilidades.... ¡El general Santa Ana!

Él había lanzado su ejército sin elementos de combate, sin provisiones, á través del desierto, arrojándolo torpemente después de inauditas fatigas contra un

desfiladero atravesado por series de escarpadas trincheras naturales, con anchos fosos, buenos para sepultar batallones enteros... él había conducido sus columnas, sin darles fuerzas ni descanso, contra los recios baluartes de cerros y lomas, sin proteger con artillería suficiente la muchedumbre bisoña con que abrumó el ejército, sin que para nada sirviera aquélla... y él, por último, no obstante haber conseguido el triunfo á costa de inmensos sacrificios, lo desaprovecha, y ofuscado y pusilánime, en lugar de proseguir lo empezado con tanto brío, retrocede en desorden, lamentablemente, abandonando las posiciones conquistadas al enemigo, al que deja dueño del campo!

Para más acentuar estas consideraciones que son capitales y para que se vea con cuánta justicia las anotamos, subrayando el valor de nuestras pobres tropas, tan heroicas en las marchas como en la pelea, trasladamos aquí las frases que acerca de ello tiene un historiador norteamericano:

« La celeridad y el sigilo de la marcha desde San Luis, casi no son sobrepajables. El movimiento de la Encarnación á Agua-Nueva y la marcha continuada hasta la Angostura, haciendo cerca de cincuenta millas en veinticuatro horas; y el comienzo inmediato de la batalla, cuando se recordará que en treinta y seis de las expresadas millas faltaba el agua, y que la gente sólo había tomado alimento escasisimo, prueban cuán terrible podría ser un ejército mexicano, con sólo que las tropas que lo componen tuvieran la moral necesaria para conservar y utilizar las ventajas que su capacidad de sobrellevar fatigas y privaciones las pone en aptitud de obtener.

« En esta batalla, sin embargo, aunque el general

Santa Ana inmediatamente distinguió el punto que ofrecía ventaja, y ganó la posición que primero quisiera como después se ha asegurado por uno de sus mismos generales (Miñón) hubo falta de combinación y abandonó la prosecución de las ventajas obtenidas fijando el general en jefe su atención en los movimientos de un solo cuerpo, más bien que en el conjunto de la batalla ».

La retirada empezó á las 7 de la noche, partiendo primero los trenes y la artillería, y en seguida la siguieron los diversos batallones del ejército, descendiendo lentamente de las lomas que con tantos esfuerzos y al precio de tanta sangre se habían conquistado. Al principio se ejecutó ordenadamente; pero el cansancio de la terrible jornada de combate, la ira que experimentaba la tropa al retirarse sin gloria cuando tanta merecían, el hambre — ¡ aquellos indios llevaban 24 horas sin probar bocado y se habían batido como leones! — el frío, hicieron perder la moral, toda cohesión en las filas, y pronto los grupos constituidos se desintegraron, confundiéndose y mezclándose unos con otros hasta convertirse la columna en un rebaño fantástico galopando en las tinieblas.

La claridad esfumada y lívida de la luna nueva daba un tinte siniestro á aquellas sombras que se amontonaban en el camino, como un río fragoroso, por el chocar de las armas y el rumor de sus pisadas, y los hombres espectros, río de humana miseria, corriendo hacia desconocidos destinos, azotadas sus ondas por el viento de catástrofe....

¡ Quién sabe qué pensamientos cruzarían en aque-

instante de suprema ruina, por la mente del hombre que había dirigido la acción de 12,000 hombres; quién sabe qué peso oprimiría su corazón al contemplar allá en el fondo indeciso de la llanura, aquella corriente encauzada por él á un término muy distinto del que pedía la salvación de la Patria!

Al ocultarse la luna, aumentó la confusión de la marcha, guiada sólo por los lejanos fulgores rojizos del incendio de la hacienda de Agua Nueva.

Por fortuna, el general Taylor estaba muy lejos de creer que nuestro ejército abandonara sus posiciones y las ventajas adquiridas; lejos de ello, esperaba un nuevo y más vigoroso ataque, y para resistirlo se preparaba el general americano, estudiando ya el modo de retirarse, abriéndose paso hacia Monterrey.

En efecto, ninguno de los jefes americanos se percibió de la retirada del ejército mexicano, y en ello, debemos advertirlo, cometió una grave falta militar por no haber tenido exploradores, ni partidas destacadas en observación de nuestro campo para no perder el contacto con el enemigo, dejando de estar al tanto de sus menores movimientos.

Imagínese el efecto que hubiera producido sobre aquella fatigosa y desmoralizada columna, una descarga de fuerte batería que barriera en su profundidad con toda aquella masa de hombres, lanzando en seguida sobre ellos unos cuantos escuadrones de caballería, para completar el pánico!

¿ Qué resistencia se podía haber ofrecido en esas condiciones? ¿ Qué cuerpos organizados pudieran haber sostenido la retirada del resto del ejército?

Si Taylor hubiese sido un perfecto general táctico, habría estado alerta de nuestros movimientos para su

propia seguridad ó para aprovecharse de la profunda desmoralización, abatimiento y desorden que introdujo en toda tropa una retirada.

Santa Ana á su vez debió haber comprendido que se exponía retirándose, al azar, aventurando la destrucción de su ejército. Por otra parte, debió notar que el enemigo no se movía para nada, intentando perseguirlo, lo que demostraba plenamente ó un profundo quebranto, ó un culpable descuido, y tanto en uno como en otro caso, debió acometer á su adversario en estas condiciones, con la seguridad de derrotarlo.

¡He aquí cómo ambos jefes beligerantes comprometieron cada uno por su parte la suerte de sus valientes ejércitos por su respectiva ineptitud!

La batalla de la Angostura tenía que haber sido decisiva, de terrible efecto, de fatal exterminio para uno de los combatientes, y de victoria completa para el otro.

Santa Ana alegó como causa principal para su retirada el que el ejército carecía de rancho, y tras las fatigas de la batalla no podía comprometer otra al día siguiente. También tomó en consideración que la Pata no contaba, por entonces, sino con aquel ejército que quería conservar para continuar la defensa en el interior del país.

Pero estas razones se desvanecen al punto si se considera que la retirada tendría que ser, como fué, mucho más desastrosa que una batalla, aunque ésta hubiera tenido por resultado una derrota.

No, nada disculpa al jefe mexicano su actitud fatal para las armas de la Nación Mexicana en la noche del 23 de Febrero de 1847.

Toda aquella masa de hombres acampó en desorden, y según iban llegando en torno de la casa de la hacienda de Agua Nueva, cuyo incendio aun no se extinguía.

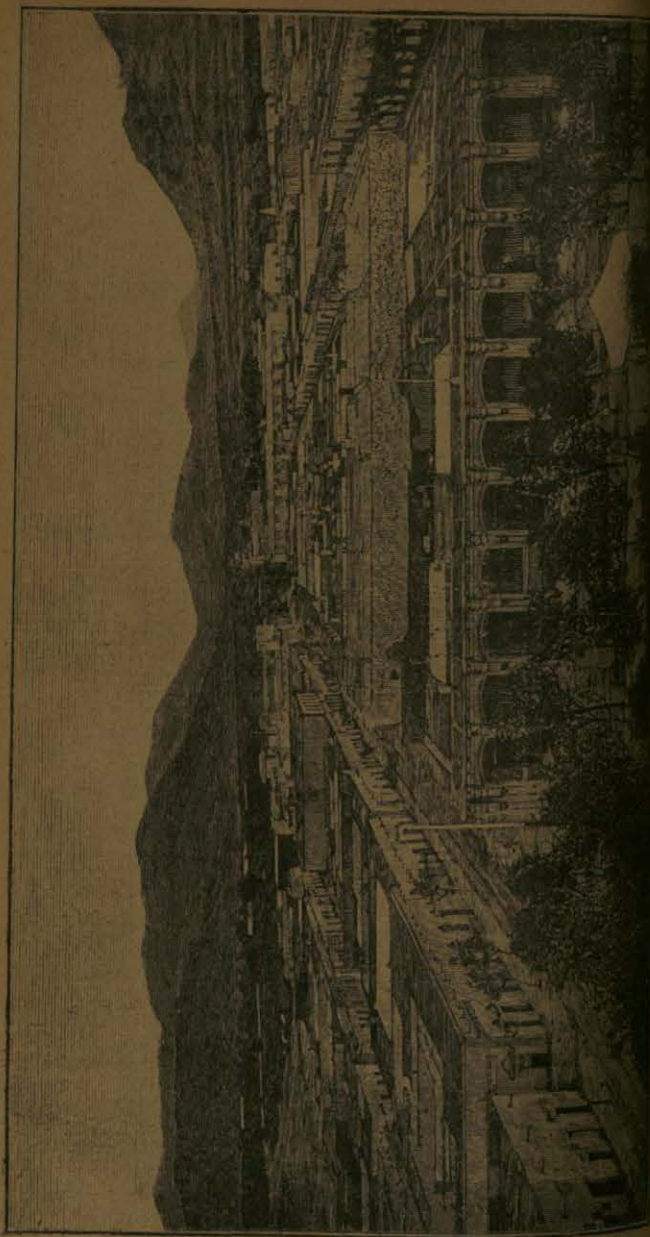
Esa misma noche reunió el general Santa Ana un consejo de guerra en el que se acordó, por sugestión suya, que la retirada era indispensable. ¡Ningún militar de los que integraron aquel consejo tuvo la conciencia y la energía suficiente para protestar contra aquella resolución que se consignó por escrito, para mayor mengua de los que la firmaron!

Al día siguiente, se reorganizaron los batallones, procurando dar algún orden al campamento, en el que al fin se repartió un escaso y mal rancho.

Las tropas continuaron acampadas hasta el día 26, en que se empezó á levantar el campo, principiando la triste y lamentable contramarcha, á través del desierto, rumbo á San Luis.

Después de quince jornadas en que el ejército fué regando el camino de enfermos, heridos, cansados, desertores y muertos, después de angustiosos días de fatiga, tristeza y desaliento, se llegó al fin á aquella ciudad.





IX

EL DESASTRE DE SACRAMENTO

Vamos á dirigir ahora la mirada que ha estremecido tanto — al transmitir al cerebro el panorama de la última batalla — nuestro corazón de mexicanos, hacia un lejano teatro de combate... Vamos á trasladarnos hacia el Norte de las regiones de Chihuahua... Allí hubo también heroísmos infortunados!

¡Oh el valiente y heroico Estado! Hacia mucho tiempo que centenares de tribus salvajes que pululaban entre los bosques abruptos de la Sierra Madre ó por las vastas llanuras que se tienden á la falda de sus montañas, hacia mucho tiempo que llevaban el terror á todas las poblaciones, desde las más humildes rancharías, hasta la misma capital del propio Estado.

Este, siempre se encontró defendido sólo por sus fuerzas locales, sin que jamás hubiese tenido ayuda alguna eficaz por parte del gobierno federal que tenía que atender á la seguridad del resto de la República, enviando tropas respetables que fuesen á contener los impetus feroces de las hordas bárbaras que en to-